

drillos destrozados y en paredes agrietadas, logré salir de allí.

Mi primer impulso fué emprender una carrera loca para escaparme de aquel lugar de horrores; pero no podía moverme sino poco á poco, tantos eran los obstáculos acumulados al paso.

¡Dios de Dios, qué espectáculo tan espantoso! Los escombros llenaron los que habían sido patios, los que habían sido corredores, las que habían sido habitaciones; y colmando los montones de piedras, maderas, ladrillos, cascote, claves derrumbadas, arcos á medio caer, plintos y capiteles, lo más triste, lo más doloroso, lo más tremendo: cadáveres, miembros hechos pedazos, prendas de vestir, sombreros y chacós.

Un desgraciado, metido hasta la cintura entre la tierra y las piedras, tenía en el pecho una horrible herida de que le manaba sangre en cantidad, y la cara y las manos desfiguradas por la pólvora. Pedía á ratos la muerte, entre gritos de desesperación, y á ratos un confesor que le absolviera. Expiró en mi presencia en un sacudimiento terrible y después de un ¡ay! que me conmovió hasta las fibras más hondas.

Un cadáver de oficial no tenía cabeza; pero con la mano derecha, nerviosa y crispada, empuñaba el sable que estaba á medio salir de la vaina.

Luego había un rebozo de mujer, una piqueta de



oficial, unos anteojos con varillas de oro, y desperdigados aquí y allá, una mano fina con mitón, un pie burdo de soldado, calzado con huarachi, una pistola Lefauchaux, y en segundo término, estampados en un pilar del corredor que tenía pendiente todavía un trozo de barandal pintado de verde hecho charamusca, unos sesos y unos ojos que habían *retachado* en un impulso formidable.

Descubrí un claro y me orienté para salir de allí; pero lo que me encontré era peor que el infierno mismo. Había gritos, una atmósfera pesada llenaba aquel espacio, que me parece ha de haber sido el de un corredor; se chapoteaba en un líquido negro. ¿Sangre? ¿Pólvora mojada? ¿Agua que se había derramado de las cañerías rotas? Quizá todo junto; pero ello es que hacía mal pisar aquel fango que se adhería á la suela de los zapatos.

De seguro había allí mucha gente viva, pues se oían los rezos de un sacerdote y los gritos de muchos heridos.

El cuadro no era atractivo; pero á pesar de ello me sentí alegre: ya no era yo el único que existía después de aquella tremenda catástrofe. El padre, empezaba á verle en aquella obscuridad, auxiliaba á los heridos y cerraba los ojos á los muertos. Me acerqué á él preguntándole qué era aquello, y me respondió:

— Hijo, no sé, quizás sea obra de los *puros*, que han servido de instrumento á la Providencia.

— ¿La Providencia? ¿Y la Providencia se encarga de

matar á estos inocentes, que estaban dispuestos á salir á luchar por Ella?

— Hijo, no hay que excrutar los juicios de Dios ni que explorar sus caminos. Bendigámosle é inclinémonos ante El, que es lo único que nos toca á nosotros, débiles criaturas; y lo mismo debemos bendecirle los que por su misericordia nos hemos salvado, que los que han servido de hostia y de figura del Cordero sin mancilla...

Y se alejó para meterse en el cañón obscuro é infecto, oliente á azufre y á carne quemada. A poco volvió:

— Salga por aquí, que este corredor no tardará en venirse abajo.

— ¿Y usted, padre?

— Yo voy á mi obligación.

Y me señaló el antro en que gemían desesperados los pobres heridos.

Bajé la escalera en parte por los escalones, en parte por una cuerda que me arrojaron desde abajo.

En el patio, obstruído casi del todo, se hallaba extendido un cordón de soldados; una batería de cañones, cuidada por artilleros que permanecían con las mechas encendidas, estaba de pie firme.

Había empezado ya la tarea del salvamento; pero poco se pudo lograr; centenares de cadáveres estaban bajo los escombros, y los contados heridos que han salido, murieron á poco. Era un dolor ver en la calle á las familias



aguardando que se descubrieran los restos de deudos suyos que pensaban se habían de encontrar entre las ruinas.

Hasta ahora se sabe de la muerte del licenciado don Antonio Escoto, secretario del comandante general, del coronel Rocha y de algunas otras personas notables; la lista completa se tendrá dentro de algunos días ó no se tendrá nunca. Los centinelas que estaban á la puerta del Palacio, quedaron estrellados en la fuente de la plaza de armas, á cincuenta varas de distancia.

El señor general Miramón y su segundo Márquez, se salvaron bajando á toda prisa por uno de los balcones del palacio sin sufrir lesión ninguna.

Dícese que la explosión es obra de los demagogos, que al abandonar la ciudad dejaron minado el terreno. Se sabe que un tal Eulogio Rico fué quien puso la mecha y el depósito de pólvora. ¡Maldito sea! Están presos muchos liberales, entre ellos los Camarenas.

A ver si la próxima no es el relato de alguna calamidad.

Tuyo siempre,

BUENAVENTURA.

Postdata. Parece que se ha descubierto que no fueron los anarquistas los autores de la explosión, sino que la provocaron los que clavaron las cajas de parque sin pre-

caución ninguna. Se dice que el señor Miramón había advertido que la operación estaba ejecutándose mal. ¡Quiera Dios sea cierto!

Del mismo al mismo.

*Córdoba, á 2 de Marzo de 1859.*

Ahora sí estoy en mi elemento, amigo mío querido; ahora sí obtuve lo que deseaba, que era marchar á la campaña de oriente en compañía del grande hombre que la Providencia nos mandó para sujetar á la inmunda y asquerosa casta de los liberales.

Se dudaba si sería Miramón, ó Robles Pezuela, ó algún otro jefe, quien nos guiara en esta ocasión para nosotros decisiva; pero al fin tuvimos buena suerte: el Presidente (porque ya lo es nuestro General) dejando las combinaciones políticas, las adulaciones de los parásitos y las comodidades del Gobierno, se decidió á guiar á sus buenos amigos, á los que le han acompañado en Atenquique, Atequiza, Ahualulco y San Joaquín, para que conquisten nuevos lauros en esta campaña arriesgada por las circunstancias y el tiempo en que se emprende, no por las gentes contra quien se va á luchar.

Venimos los del *Segundo ligero*, que hemos peleado sin descanso por toda la República; los del sexto de infantería,



que manda Negrete, y otros muchos cuerpos muy arrogantes y bien equipados.

El Presidente entró á Puebla en medio del júbilo de todos los habitantes de la heroica ciudad, que recuerdan con amor al joven de veintitrés años que detuvo durante cuarenta y tres días á un ejército de diez mil hombres.

Ayer empleó todo el día el ejército en pasar revista de comisario. Somos más de cinco mil hombres, con cuarenta y seis piezas de artillería y un tren de ciento veintitrés carros. ¡Qué escuadrones tan bien montados, qué batallones tan brillantes, qué caballos tan lucidos y briosos! Esto es tropa, y no los pobres indios vestidos de manta que traen los constitucioneros.

Por la tarde se presentó nuestro General vestido de gran uniforme, lleno de bordados y condecoraciones, el sombrero montado con la pluma rizada, á caballo sobre un potro negro que relinchaba gozoso como si conociera el noble peso que lo oprimía.

Miramón está algo más grueso que cuando era cadete; más que grueso embarneado, guapo y de buen porte. La cara es más seria, los movimientos más mesurados, la actitud más tranquila; pero lo que no le desaparece ni le desaparecerá nunca, porque es el sello de su individualidad, el distintivo de su persona y la marca de su genio, es el brillo de su mirada aguilina, que no lee ni examina ni penetra á los corazones, sino que todo lo tiene ya sabido



y averiguado, y sólo funda y rectifica de un vistazo aquello de que necesita enterarse.

No he oído á Miramón en las grandes ocasiones, cuando dirige la palabra á las tropas y las electriza, haciéndolas marchar contra parapetos bien defendidos, arrebatando cañones y quitar banderas; pero aun estando tranquilo, su voz es varonil, persuasiva y vibrante.



Habló al sexto de infantería, diciéndole que más que las seducciones del poder le atraían las fatigas de la campaña, y que como sabía que entre nosotros contaba con sus mejores y más leales amigos, buscaba nuestra compañía más bien que la de los políticos encopetados que le rodearían en la capital. Recomendó á los del sexto si guieran en todo el ejemplo de su General, que era un verdadero soldado, y acabó entre las aclamaciones delirantes del cuerpo que le escuchaba y del público todo.

Por supuesto, y en esto me aparto de la opinión de S. E., no creo que fuera muy conveniente que los soldados de Negrete siguieran su ejemplo, pues se pronunciarían en tal caso diez ó doce veces cada año, en pro ó en contra de distintas cosas, y eso no me parece debido.

Concluída la arenga del joven General, el batallón maniobró á la voz de aquel, dando á conocer una instrucción amplísima y una organización inmejorable.

6 de Marzo. — *San Juan Coscomatepec.* — Hoy recibieron su bautismo de sangre nuestras valientes tropas. Los constitucionalistas, que se fían en lo inexpugnable de las posiciones que tienen conquistadas, están atrincherados en la barranca de Jamapa. Cobardes como son, tenían fortificado uno de los lados del desfiladero. Todas nuestras gentes dieron muestra de arrojo y bizarría, sobre todo el 11.º batallón, que llevó su bandera hasta los parapetos que deseaba conquistar.

13 de Marzo. — *La Soledad.* — Aquí tenemos en campaña á otro Rojas, discípulo ó sectario del de occidente. Este, además de robar y saquear, se dedica á algo nuevo: volar puentes y destruir caminos.

Los hermosos puentes del Atoyac y el Chiquihuite estaban hechos pedazos. De aquél apenas quedaba un trozo de arco sobre el enorme cantil, como un diente solitario en lo que había sido una linda boca. Del puente de Chiquihuite, en el lugar que había estado la clave, solo existía un crestón de tierra suelta con un matojo suelto por penacho para indicar por donde habían pasado la ruina y la barbarie.

Osado como ninguno, el Presidente se adelantó á pasar aquel precipicio; pero el Ministro de la Guerra le detuvo á tiempo, y solamente cuando dos personas hubieron vadeado aquel obstáculo sin novedad, consintieron sus fieles en que pasara el General.

Desde que trepamos á la otra margen vimos una línea de fuego y humo que se extendía por todo el camino real: era la huella de los constitucionalistas que dejaban impresa su firma en aquellos lugares antes prósperos y llenos de vida.

La yerba de los campos, los pueblos, las haciendas y hasta las más insignificantes rancherías ardían á una, elevando unas serpientes de llamas que se retorcían y se juntaban en lenguas rugientes, constituyendo las otras



pequeños incendios que iban devorando el pasto agostado, las yerbas rastreras y las cañuelas, restos de la última cosecha.

Los infelices habitantes habían sido echados de sus casas, y contemplaban sus muebles, sus animales y su humilde vajilla desparramados y en confusión.

Una viuda con seis hijos lamentaba, no sólo la pérdida de su casita y de su pobre ajuar, sino también la de un par de vacas que constituían el sustento de toda la familia.

Mr. Baché, súbdito francés que tenía una fonda en Paso Ancho, había enarbolado el pabellón del imperio en la esquina de su vivienda. No sólo perdió cuanto tenía, sino que quedó mal herido. Mientras las llamas barrían y desquiciaban las habitaciones de tablas mal unidas, la bandera francesa permanecía enhiesta, como presenciando el desastre para apercibirse á la venganza.

El Presidente dispuso se acercase á toda prisa la segunda división. ¡Pobres soldados! no habían probado el rancho, y tuvieron que andar siete leguas casi á la carrera para apagar el incendio del Camarón.

Pero el General no economizaba las fatigas: para alcanzar á los chinacos emprendió el camino de Paso Ancho á Camarón é hizo menos de una hora. Le seguimos unos cuantos que llegamos con los caballos asoleados. La división continuó su camino y llegó á tiempo de evitar el incendio del pueblo de la Soledad.

Las seis de la tarde serían cuando llegamos á la Soledad. Desde el declive de la colina en que el pueblecillo se halla asentado, se domina todo el ámbito disponible, y si se defiende el puente, se puede tener la seguridad de detener á un enemigo tres veces mayor del que atacaba á los constitucioneros.

Sin embargo, nada hicieron porque nada podían hacer. Obligados á batirse, resistieron por espacio de dos horas, y á eso de las ocho se dispersaron por todas las lomas cercanas; nuestras tropas entraron á la Soledad en medio de las bendiciones de los pobres moradores, que ya creían ver arrasadas sus propiedades.

*Tejería, 18 de Marzo.*— Hoy hizo el General Presidente un reconocimiento de la ciudad que tomaremos, desde el médano del Encanto. Luego que nos vieron los constitucionalistas, empezaron á disparar contra el grupo que formábamos los acompañantes del señor Miramón; pero sin conseguir colocar siquiera un proyectil en dirección al punto atacado. El coronel Ramírez de Arellano dijo con mucha razón: «había oído contar que los mejores artilleros eran los de Veracruz; pero lo cierto es que las punterías de ahora han dejado tan mal puesta su reputación, que estoy tentado de creer que no tuvieron intención de herir.»

*Medellín, á 24 de Marzo.*— Hay positivo terror en el



campamento. Se sabe que no han salido aún de México los auxilios de parque y dinero que se aguardaban para comenzar el asedio de Veracruz. La carga de maíz costaba cinco pesos el día 17; el 19 valía treinta; una onza de pan vale medio real, y en proporción todos los demás efectos. La paga de general no bastaría para la manutención de un subalterno, y esto cuando el soldado lleva nueve días de no recibir un sólo centavo de su prest.

El clima, que se había manifestado benigno, está ahora insoportable. Hay multitud de enfermos de insolación, fiebres intermitentes y disenterías; las bajas llegan á varios centenares. Pero nada le hace; hoy mismo empezarán las operaciones contra la plaza, y allí conquistaremos cuanto nos hace falta: dinero, elementos de guerra, reposo y paz.

Si esta noche se intentara un buen asalto, mañana podríamos estar en el interior de Veracruz, recreándonos con el aspecto del mar... y el de las horcas que levantaríamos para Juárez, Prieto, Ocampo, Emparan y comparsa.

*La misma fecha (por la tarde).* — Hoy ha salido la orden para que el ejército se retire hacia Orizaba. El General ha pensado bien: esta situación era insostenible, y si los defensores de la plaza, confiados en sus fosos, en